

# ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS

## LIBROS

### PELEANDO CON LOS MILICIANOS

## Cuando Pablo de la Torriente ascendió a Miguel Hernández

Dentro de Pablo de la Torriente-Brau se arremolinaban sangres españolas e hispánicas. Y cómo podía ser de otro modo. Estaban las sangres portorriqueña, venezolana, vizcaína, catalana y santanderina. Había un almirante antepasado que navegaba por ellas y un pintor catalán que le ponía paisajes marinos con una estatua de Colón, como una llama, encima de un cirio, señalando ya se sabe adónde.

PABLO CORBALAN

**P**ABLO de la Torriente-Brau es un nombre cubano atravesado en la guerra civil española sobre el pecho de Miguel Hernández. De no haber sido por el poeta de Orihuela, nadie aquí — aquí en donde nadie que no fuera un erudito sabía nada de los hombres y de las cosas de América — hubiera llegado a saber de él. Pero a Miguel no se le escapaban los amigos. Sabía quererlos a golpes de vida y de elegía, según corriera el aire. A uno de ellos, "primo de la manzana", lo colocó, con su muerte, en el pórtico de su libro "Viento del pueblo". Y a Pablo, cuando le llegó la hora, también le abrió un hueco en su llanto y en aquel libro que parece una bandera loca y ensangrentada todavía flameando en las ramas secas y bombardeadas de una encina. En ese hueco lo depositó Miguel mientras capitanes y comisarios desfilaban ante aquel cuerpo gigantesco, arrancándole pedazos de metralla y poniéndole trofeos funerarios. La primera elegía de "Viento del pueblo" está dedicada a Federico García Lorca; la segunda, a Pablo de la Torriente-Brau. Cuando trajeron el cadáver desde Romaniños, cerca de la Majadahonda, donde había caído en combate, Miguel se sentó en una piedra y, con la mirada clavada en tierra y los brazos cruzados sobre el pecho, murmuró: "Me quedaré en España, compañero, me dijiste con gesto enamorado. Y al fin sin tu edificio tronante de guerra/en la yerba de España te has quedado". (La sierra estaba cubierta de nieve. Era el primer invierno de la guerra. "Hemos dotado a cada compañía de un

maestro para que todo el mundo sepa firmar la próxima paga... Hemos conseguido una pequeña biblioteca y vamos a comenzar en breve clases para oficiales y sargentos".) El 17 de diciembre, los hombres de El Campesino se pusieron en marcha hacia Majadahonda. Pablo cayó herido de muerte el 19. Tres días más tarde fue hallado su cuerpo. ("Pasad ante el cubano generoso, hombres de su brigada, con el fusil furioso, la botas iracundas y la mano crispada".)

### "Me voy a España"

A los quince años, Pablo era profesor en materias como Salgari y Julio Verne. Pero hacía ya mucho que las trece banderas y las cuarenta y ocho estrellas yanquis mandaban, a mandobles, en Cuba. El "sí" hacía ya mucho que lo habían transformado en



Pablo de la Torriente.

"yes". Los Gobiernos de La Habana eran nombrados desde Washington. Y no cesaban de aumentar las deudas por los créditos en dólares a Wall Street. El hambre era un machete cortando hombres desde La Habana a Santiago, de Santiago a Camagüey. Los estudiantes y los intelectuales encadenaban sus brazos ("¡Cierra la cadena!") frente a los banqueros, los marines y sus servidores. Gerardo Machado se sentaba en la poltrona presidencial bajo el signo S. Del otro lado, Alejo Carpentier, Juan Marinello, Predroso, Arozamena,

Miguel Hernández en el frente.



Nicolás Guillén, Raúl Roa, Rubén Martínez Villena y la Universidad, las Universidades. Pablo interviene en las conspiraciones, en las algaradas. A pedrada limpia contra la Guardia. ("Y, soldado, no pienses tú, soldado, que te odio yo".) Le echan el guante y va a la cárcel. Volverá a ella, a la isla de Pinos. Batista se manda hacer treinta nuevos uniformes. Más banderas, más estrellas, más obreros sin trabajo, más chéveres del navajazo. ("Hagan juego, señores, en las grandes ruletas coloniales".) Pablo, con la Policía detrás, tiene que huir a Nueva York. Su lucha había empezado siendo pasante de abogado. Ahora ayudaba a otra cosa. Segundo exilio en Nueva York. Batista crece, se hincha, manda más, es mandamás, mandamás. El gran mandamás por la gracia de Washington. Pablo escribe en periódicos y escribe libros de cuentos con humorismo repleto de chanza popular. Le obsesiona el cine. Su fama de escritor aumenta al mismo ritmo que sus fichas policíacas. El trabajo político carece de horario y de honorarios, pero hay que hacerlo sin precipitación y sin descanso. ("Negro, hermano negro, tú estás en mí: ¡habla!".) Un día, en el Union Square, de Nueva York, asiste a un mitin en favor de la España republicana. Tenía un libro entre manos, a punto de terminarlo. Era un libro pacifista. Quedó inconcluso. Se acuerda, de pronto, de que es periodista y de que es amigo de los republicanos españoles. ("¡Ardiendo, España, estás! Ardiendo con largas uñas rojas encendidas".) Escribe a Raúl Roa: "He tenido una idea maravillosa: me voy a España". En principio tenía la idea de hacer de corresponsal de guerra, pero terminó de comisario político con El Campesino. No obstante, escribe para "El Machete", de Méjico, y "New Masses", de Nueva York. Pasó por París. ("¡Des avions pour l'Espagne!".) Entró por Cataluña y marchó derecho a Madrid, donde le recibieron los bombardeos y Rafael Alberti, Bergamín, Serrano Plaja, María Teresa León, Emilio Prados, Luis Cernuda, Altolaguirre... Unos días más tarde, las tropas nacionales empiezan el avance sobre Madrid. Casi con Pablo llegaron las Brigadas Internacionales. Y antes y después que él, cientos de cubanos blancos y negros. ("... que iré marcando el paso



Lisandro Otero  
**GENERAL  
 A  
 CABALLO**

con vosotros, / simple y alegre, / puro, tranquilo y fuerte, / con mi cabeza crespa y mi pecho moreno, / para cambiar unidos las cintas trepidantes de vuestras ametralladoras".)

## El sol no se pondrá

Ninguno de los dos recordaba exactamente cuándo se vieron por primera vez. Miguel decía a Nicolás Guillén que había sido una noche en la Alianza de Intelectuales, en Madrid. Pablo dejó escrito: "El día 25 (de noviembre del 36) creo que lo pasé en Alcalá (de Henares). Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombré jefe del Departamento de Cultura... Y con él me fui después a ver algunas cosas famosas de Alcalá". Miguel todavía estaba cavando trincheras, zanjas antitanques. Miguel conocía el azadón y el pico tanto como la poesía. Eran trincheras, zanjas y poesía para la resistencia. ("Vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran".) De un cubano había recibido Miguel su primer nombramiento. A veces, en cualquier encrucijada del mundo, suceden estas cosas. Veinticinco días más tarde era Miguel — ¡qué cosas suceden! — quien nombraba al cubano héroe inextinguible. ("Pablo de la Torre, he quedado en España, y en mi alma caído; nunca se pondrá el sol sobre tu frente".)

## Una pregunta

Catorce cartas y catorce crónicas de guerra (también las cartas) integran este libro que acaba de publicar Editorial Laia (Barcelona, 1980). Crónicas y cartas han sido reunidas por Santiago Tinoco y llevan el título de "Peleano con los milicianos". Es un documento humano, en primer lugar, y de guerra, después. De aquella guerra. Pocos escritos tan vivos, tan palpitantes, tan cálidos como éstos. En ellos se toca un hombre. En ellos conviven la vida y la muerte sencillas de un hombre Tinoco le ha antepuesto un prólogo espléndido de comprensión y amistad. ¿Vamos a hablar ahora de literatura? ■

## Literatura y política en Lisandro Otero

ESTE representante de la Cuba de Fidel, que nos llega de la mano de la Feria del Libro, rebosa cubanidad por todos sus poros; se define como un hombre eminentemente político que tiene como herramienta la literatura. "La situación" es su novela favorita. Premio Casa de las Américas, publicada en 1963, "escrita con adrenalina, más que con tinta", según dice. Continúa el tema en 1970 en otra novela, "En ciudad semejante", y piensa dar fin a la trilogía con un volumen que está preparando sobre la revolución inglesa de Cromwell. Su presencia en Madrid obedece a la presentación de dos libros recientes: una novela y un libro de ensayo que recoge la experiencia de tres años vividos en el Chile de Allende y la Unidad Popular. Comenzamos hablando de la novela "General a caballo".

—Se trata —nos dice Otero— de un relato sobre un golpe de Estado militar, que ocurre en un país imaginario, lo que me sirve de base para recoger como en un catálogo todas las formas de gobierno que ocurren, pueden ocurrir y que ha habido en toda América Latina. Es decir: estas alianzas entre radicales, democristianos, socialistas y todas las fuerzas de gobierno, que conducen lo mismo a una dictadura, una democracia, a represiones..., en fin, todo lo que ha ocurrido a lo largo de este siglo.

TRIUNFO.—¿Esta novela, que trata de un tema ya conocido, está más cerca de lo político que de lo literario?

OTERO.—Es más política que literaria, sí. Intento aportar la historia de los últimos años, en una forma de compendio. Carpentier, García Márquez, el mismo Valle-Inclán hablaron de otras épocas.

T.—¿Qué experiencias recoge en su libro de ensayos sobre el Chile de Allende?

O.—En "Razón y fuerza de Chile" he querido hacer una especie de testimonio, ya que yo viví allí tres años de la Unidad Popular; se trata de un intento de retomar lo que día a día fue aquella experiencia, de relatar en forma de crónica el pacto exterior, la reforma agraria, las medidas de carácter social. Todo esto se ha esfumado de la memoria de la gente, a consecuencia de los terribles momentos que le han seguido con la dictadura actual, y es necesario recordarlo.

T.—¿Qué significó la presencia de Cuba en Chile aquellos años?

O.—Realmente no dimos más que apoyo moral, porque la experiencia que nosotros teníamos no valía para Chile; éste era un país con otra mentalidad, otra tradición, completamente diferente y en ciertos aspectos mucho más desarrollado; pero fue un proceso revolucionario nacional lo que se abrió paso. Cuba sólo ofreció su solidaridad: ni ayuda militar, ni económica, ni asistencia técnica, como algunos pretendieron. En aquel momento estaban mucho más desarrollados que nosotros, hasta el punto de que para producir mil millones de dólares nosotros necesitábamos el trabajo de quinientos mil hombres en el azúcar; en cambio ellos lo conseguían en el cobre con sólo cinco mil. Hoy en día estamos mecanizados, pero no entonces.

T.—¿Qué camino sigue la literatura ahora en Cuba, en este momento?

O.—Ahora lo fundamental es el movimiento editorial que se ha iniciado desde el triunfo de la Revolución; se han editado un promedio de cuarenta y seis libros por habitante, fundamentalmente de texto. Y, aunque no ha habido sistema editorial, ni ninguna doctrina, si hay desde luego una línea, que es la temática de la Revolución, la lucha contra bandidos en los primeros años, etcétera.

Mencionamos la libertad de expresión. Queremos saber qué límite tienen en Cuba los escritores y los artistas.

O.—En Cuba no hay censura de ningún tipo, porque sería anti-constitucional. No hay nadie a quien se le haya suprimido una frase o un verso. Nosotros tene-

mos, eso sí, un límite justo, y es la vida de la Revolución, porque es la madre de todo esto. Su primer derecho, el de la Revolución, es a existir, y no podemos legalizar la contrarrevolución. No viviendo a noventa millas de los Estados Unidos, con la constante de propaganda y de hostigamiento que tiene. Ahora, fuera de eso cualquier tipo de manifestación está permitida.

T.—¿Cómo se ve en su país el fenómeno de lanzamiento de la literatura latinoamericana de los últimos tiempos?

O.—Bueno, para mí es un "boom" comercial y nunca literario. Cuba nunca quiso entrar en eso y muchos escritores se han salido de ello, como García Márquez. Literalmente, les veo como un agotamiento de la forma. No hay nada que unifique al grupo: una temática, un estilo.

T.—Usted ha escrito "En busca de Vietnam", un libro-reportaje. ¿Qué quiso exponer en él?

O.—Durante los meses que estuve allí, y debajo del aglutinante que era el estado de guerra, me sorprendió ver un enorme interés por la cultura en el pueblo vietnamita. Tenían una editorial en medio de la selva, que funcionaba en el Sur. Una vez, muy cerca de la línea de fuego, vi a un chico de unos doce años, cuidando de un rebaño de búfalos. Estaba sentado encima de uno y leía tranquilamente un libro de poemas. Y yo he ido en busca de la identidad nacional de Vietnam; las minorías étnicas, que son tan importantes en el contexto global. Y la cultura, su cultura, envolviéndolo todo.

T.—Una vez más, ¿qué aportó Cuba en la lucha de Vietnam?

O.—Bueno, nuestro país no es muy rico, pero ofreció todo lo que pudo en cuestión de ayuda ganadera, agraria, algo de azúcar; pero sobre todo, su apoyo fue moral. Ofrecimos ayuda militar también, pero ellos no quisieron. Yo cuento en este libro el esfuerzo que les supuso ganar la guerra y cómo colaboraron todos los vietnamitas a ello. Este, como mis restantes libros, es fundamentalmente político, testimonial, aunque se centre básicamente en la cultura. ■ CARMEN FERNANDEZ RUIZ.